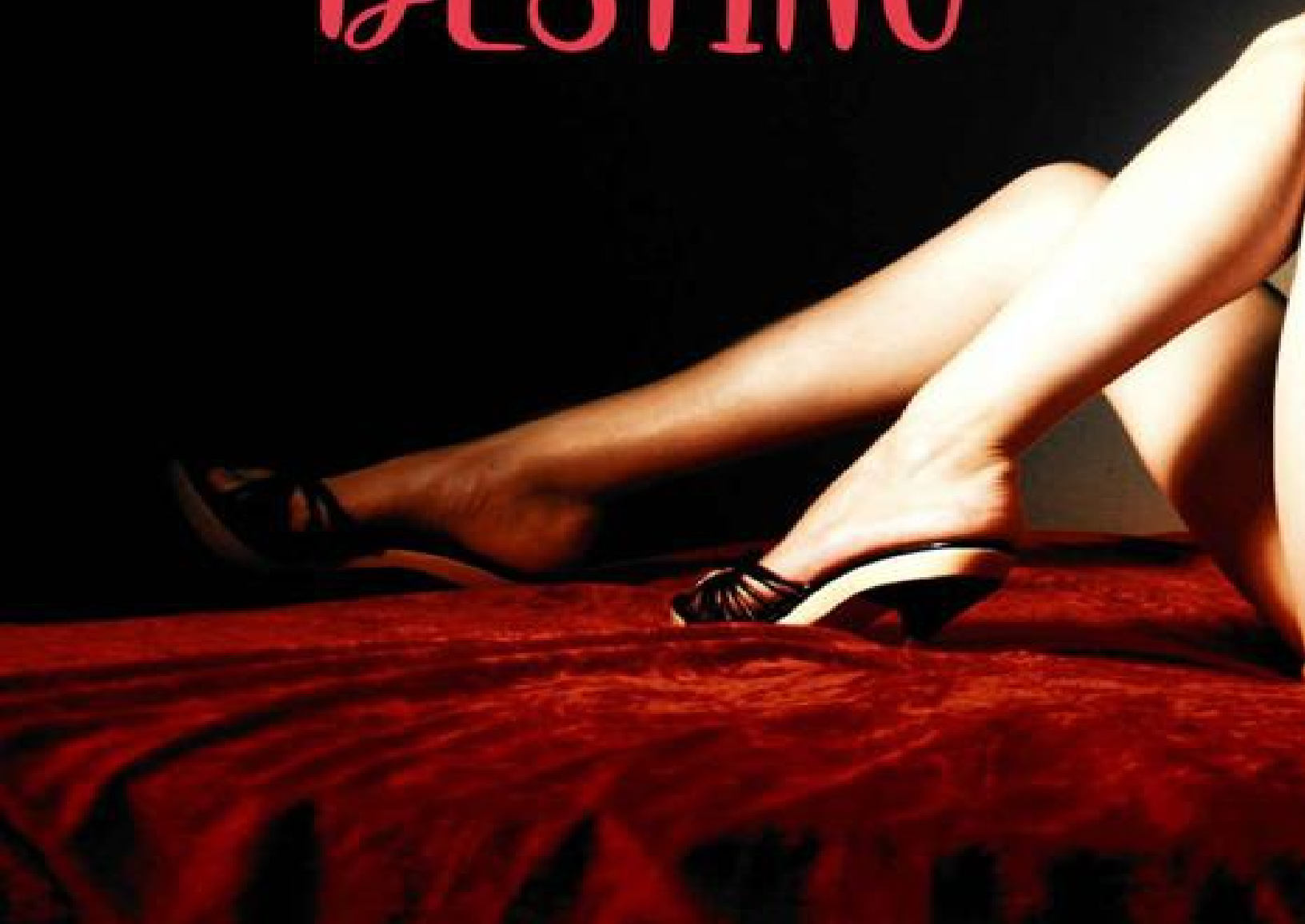


NOELIA JIMÉNEZ SANGÜESA

# DECIDIENDO MI DESTINO



# DECIDIENDO MI DESTINO

NOELIA JIMÉNEZ SANGÜESA

**Decidiendo mi destino.**

© Edición de agosto de 2024.

© Noelia Jiménez Sangüesa.

ISBN: 9798335974172

Sello: Independently published.

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Noelia Jiménez Sangüesa.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

Para todas aquellas personas que siguen decidiendo su destino.



*Ha llegado el momento, estoy preparada para esto. Es mi vida y quiero vivirla a mi manera, nadie puede obligarme a hacer lo contrario. Le quiero y ellos tendrán que entenderlo. He tomado una decisión y nadie conseguirá que cambie de parecer. Esto es lo que me repito una y otra vez al mirarme en el espejo.*

Mi vestido de novia, de palabra de honor, ajustado de arriba y con caída en cascada que llega hasta el suelo, me devuelve el reflejo de una mujer preparada, lista para cualquier cosa. Una mujer que puede hacer todo lo posible con tal de ser feliz; pero realmente no es así.

Cuando hace unos años mis padres me pidieron que contrajese matrimonio con Zack, el hijo de los empresarios que podrían salvarnos de la quiebra, no dudé en aceptar. Habría hecho cualquier cosa que mis padres me pidiesen, siempre me habían tratado como la princesa que había querido ser, pero mi percepción de la vida fue cambiando con los años.

He tenido una gran educación gracias a ellos, pero lo que siempre me han enseñado es que he de hacer feliz a los demás, incluso cuando esto suponga que yo tenga que ser infeliz. Ahora me doy cuenta de que las cosas no deberían ser así.

Desde que tengo uso de razón me he comportado como la hija perfecta de una refinada pareja que tenía todo lo que pedía, que poseía cualquier cosa que desease, aunque fuese lo más difícil de conseguir. Las cosas cambiaron y los años me acabaron transformando a mí, convirtiéndome en una mujer totalmente distinta a lo que creo que mis padres esperaban, o deseaban, de mí.

Cuando me propusieron en matrimonio solo tenía dieciséis años. Zack es un hombre apuesto, musculado e inteligente y supe inmediatamente que podría llegar a enamorarme de él algún día. No dudé en aceptar su propuesta y así complacer a mis padres, no tuve ningún inconveniente y supe que sería feliz. Ahora, viéndome en la situación que me encuentro, ya no lo tengo tan claro.

Ha llovido mucho desde entonces. He crecido, he madurado y he aprendido que nadie puede decirme cómo vivir mi vida. Ahora, con veintisiete años y estando a punto de tomar el

camino que me llevará a mi futuro marido, las dudas empiezan a invadirme.

Edgar también me espera y sé que, haga lo que haga, habrá gente que salga herida. Quizás él no provenga de una familia adinerada y tengamos que luchar mucho por salir adelante, pero es algo que no me importa. Le quiero y pienso luchar porque nuestro amor lo venza todo. He trabajado mucho durante toda mi vida para convertirme en quien soy y no pienso dejar que nadie me arrebate aquello que puede hacerme realmente feliz.



—¿Valerie? —mi madre, quien ha estado a mi lado desde siempre y me ha apoyado en todas las decisiones que he tomado, entra en mi habitación y me sonríe—. He estado hablando con tu padre, la familia Wiles y Zack, están esperando a que les digas una fecha para celebrar el enlace —suspiro resignada, estando sentada en la cornisa de la ventana y viendo como la lluvia cae sin control mientras me moja los pies—. Bájate de ahí y cierra la ventana, vas a caer enferma.

—Lo sé, mamá. Sé que esperan que les diga algo, pero siento que soy muy joven para casarme. No sé si estoy preparada para asumir esa responsabilidad ahora mismo —la miro mientras vuelvo a la habitación siguiendo sus indicaciones y me siento a la cama, donde se deja caer poco después—. Eso no es muy propio de una dama.

—Ahora tu padre no está mirando —ambas nos echamos a reír.

Mis padres se conocieron cuando tan solo tenían diecisiete años, justo poco después de terminar el instituto, y se enamoraron al instante. No les hizo falta nada más que mirarse durante unos segundos a los ojos para darse cuenta de que debían estar juntos durante el resto de su vida.

Aquel no fue un camino de rosas, ya que mi padre procede de una familia muy adinerada y mi madre trabajaba como cuidadora en una granja a las afueras de la ciudad. Tres años después me tuvieron y siempre me recuerdan que ese fue el momento más feliz de sus vidas, incluso más que cuando se conocieron y decidieron que continuar juntos su camino era la mejor opción. Nunca llegaré a entender qué les unió, ni ellos mismos lo saben después de casi treinta años, pero siempre le estaré agradecida al destino porque les juntase.

—Valerie, hemos hablado de esto muchas veces, estás lista. Solo tienes que decidirte por una fecha, nada más. ¿Es que no te sientes bien con Zack? Siempre has dicho que podrías llegar a enamorarte de él, que no te haría falta nada más si conseguías hacerlo —mi madre me mira preocupada, sé que nunca ha estado muy de acuerdo con el compromiso por conveniencia.

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! Me trata como a una reina y está siempre que le necesito, pero yo ahora mismo siento un cariño que no va más allá de la amistad y tengo miedo de que siempre sea así —las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos y rápidamente mi madre me abraza; ella es la única que realmente me entiende—. ¿Y si vivo toda la vida sin conocer el amor

verdadero?

—No tienes que hacer esto si no quieres Valerie, te lo he dicho cientos de veces y te lo repito ahora —mi madre me obliga a mirarla a los ojos y los cierro, dejando que las lágrimas rueden por mis mejillas. No soy capaz de mirarla cuando me siento así, siempre consigo hacerme ver lo que realmente deseo en cada momento y ahora mismo no me conviene en absoluto.

—Quiero hacerlo, por ti y por papá. Os merecéis todo lo que pueda daros.

—Pero no nos merecemos nada a costa de tu felicidad, eso tenlo muy claro. Nadie merece que otros sufran para ser felices, aunque tu padre siempre haya intentado educarte para que creyeras que sí.

—Está claro que papá no lo ve de la misma forma que tú. Desde que accedí a casarme con Zack empezó a tratarme de otra manera; ha estado más por mí, ha sonreído más y eso me hace realmente feliz —miro a mi madre mientras esta con la mirada me da la razón—. Y sé que a ti también, hacía años que no le veíamos así.

—No quiero que nos reproches toda la vida esto, sé que podría pasar algo que te llevase a hacerlo y tengo miedo —sé lo que piensa mi madre al respecto de los matrimonios concertados, ya que ella tuvo que luchar mucho para que la familia de mi padre la aceptase y entendiese el amor que hoy en día todavía se profesan.

—Eso no pasará. Sé que puedo ser feliz con Zack. Quizás no llegue a amarle nunca como lo hace él, pero sabré llevarlo y disfrutaré junto a él —abrazo a mi madre con fuerza y repito esas palabras en mi mente una y otra vez; necesito convencerme a mí misma de ello.

—¿Por qué no vas a dar un paseo por los jardines? Ha parado de llover y te irá bien para distraer la mente.

Siguiendo las indicaciones de mi madre y dejándola con una gran sonrisa dibujada en sus labios, me dirijo a la cómoda y me pongo uno de los tantos vestidos que Zack me ha regalado en los últimos once años. Sí, ha pasado bastante tiempo desde que acepté casarme con él pero he estado posponiendo el momento todo lo posible; no me siento preparada todavía y, sinceramente, no sé si llegaré a estarlo algún día.

Desde que nos prometimos, no ha dejado de colmarme de regalos y ha llegado un punto en que no sé qué hacer con ellos. Aunque no es algo que vaya conmigo, ya que para mí lo material no tiene ninguna importancia, al parecer es la forma que tiene Zack de cuidar de su prometida y decidí respetarla. Me gustaría poder volver atrás y que las cosas cambiasen, pero está claro que ya es demasiado tarde.

Con un vestido negro decorado con flores azules al estilo *pin up* y mi largo pelo negro recogido en un moño despeinado, me dirijo a los jardines para perderme un rato por ellos y así poder sentirme libre de nuevo. Es algo que hago desde pequeña, me ayuda a pensar y a sacar a la

chica de pueblo que llevo dentro de mí y que he heredado de mi madre.

Desde que tengo uso de razón me ha gustado pasear por los numerosos jardines que rodean nuestra gran mansión, alejándome así de las correcciones y las directrices y poder sentirme libre durante al menos algunas horas cuando siento que ya no puedo más. A mi padre nunca le ha gustado que mi personalidad y mi forma de pensar se parezca más a la de mi madre que a la suya propia, siendo así más liberal y mucho más *feliciano*, tal y como suele llamarme él, pero yo soy feliz así y él lo es conmigo.

Mi padre puede ser muchas cosas y es posible que parezca que es cruel con la gente que le rodea, pero con mi madre y conmigo siempre muestra su verdadero rostro; el de un hombre cariñoso, protector y dispuesto a hacer cualquier cosa por las dos mujeres a las que más quiere en el mundo. Por eso, no dudé en aceptar su propuesta cuando me lo pidió con lágrimas en los ojos.

Mientras paseo por el jardín, observando todas las flores que me dejan sin respiración, me doy cuenta de que algo ha cambiado; hay más cantidad de flores y ninguna es igual a la que tiene cerca. No recuerdo que Nicholas, nuestro antiguo jardinero, haya tenido nunca tanta vitalidad como para tener el jardín tan cuidado, haciendo que se vea más bonito que nunca.

Al seguir paseando para disfrutar del gran trabajo que se ha realizado, me encuentro con un muchacho de no más de treinta años que trabaja la tierra con mucho esmero y pasión. Me siento en uno de los bancos a observarlo e intento ver su rostro desde la distancia a la que me encuentro.

No sé quién es, aunque debe de ser el sobrino de Nicholas, nunca le había visto por aquí, pero hay algo en él que me llama la atención; su pelo es tan oscuro como el carbón, su piel es morena, pero no tanto como la de su tío, supongo que uno de sus padres debe ser caucásico mientras que el otro es africano como Nicholas, y sus brazos son fuertes, producto del duro trabajo que parece estar llevando a cabo.

Nuestros jardines son enormes y no es fácil para nadie cuidarlos; lo sé muy bien. Recuerdo que, cuando apenas tenía seis años, me encantaba reunirme con Nicholas cuando el sol aún no daba señales de querer empezar el día y ayudarle a cuidar de los jardines, aprendiendo así el nombre de muchas flores y adquiriendo conocimientos que no podría haber obtenido de otra forma teniendo en cuenta mi situación.

Sigo observando al muchacho, rezando para que se gire y pueda verle el rostro; error. Cuando lo hace, un escalofrío recorre mi cuerpo y me tienta a salir corriendo de allí, pero decido quedarme y seguir viendo cómo trabaja y como sus músculos se contraen cada vez que usa la azada.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada, observando atentamente como el hombre trabaja, pero cuando Zack se sienta a mi lado me sobresalto. Alzo la mirada al cielo y me percaté de que deben de ser más de las nueve de la noche, ya que el sol no se encuentra en la misma posición

que cuando llegué y está empezando a oscurecer. No sé cómo salir de esta.

Llevo demasiado tiempo observando al muchacho que parece cuidar las flores y todo lo que le rodea con mucho cariño. ¿Cómo se supone que he de decirle a mi futuro marido que me he pasado la tarde mirando atentamente a otro hombre?

—¿Otra vez pensando en el hombre perfecto? —Zack me da un golpe con su cuerpo y me hace reír, como siempre.

—No seas imbécil, ya lo encontré cuando te conocí —le sonrío con sinceridad, es cierto que él es perfecto; aunque no lo sea para mí.

—Solo estaba jugando contigo —me abraza y me besa la frente con esa dulzura que me dedica siempre, esa que parece guardar solo para mí y que me parte el alma no poder corresponder—. ¿Ya has pensado en la fecha?

—No, lo siento —agacho la mirada y, al hacerlo, me doy cuenta de que el otro muchacho nos está observando con mucha atención.

—No te preocupes más por eso, creo que mi madre lo tiene todo bajo control —mi corazón se acelera al darse cuenta de lo que eso significa; voy a casarme antes de lo que pensaba.



Han pasado varios días desde que Zack me dio la gran noticia; tenemos fecha para celebrar nuestra boda en agosto. Teniendo en cuenta que estamos a principios de julio no me quedan más de unas semanas para ser su esposa y perder la poca libertad que me queda.

Una parte de mí tiene ganas de que me case con él y acabar cuanto antes con todo esto, haciendo así felices a mis padres, pero la otra está realmente asustada. Desde que vi al nuevo jardinero algo desconocido se ha despertado dentro de mí. Estando siempre en casa y habiendo tenido profesores particulares, nunca había tenido la oportunidad de conocer a gente nueva y que pudiese aportarme algo diferente. Ahora, habiéndome fijado en el muchacho, hay algo en mi interior que me empuja y me obliga a volver a salir al jardín e intentar encontrarme con él.

Cuando pienso en el hombre que vi trabajando en el jardín un calor se despierta en mi estómago y me hace estremecer hasta límites totalmente desconocidos. Jamás he tenido relaciones sexuales, puesto que una condición para casarme con Zack era llegar virgen al matrimonio y tampoco es que haya tenido ocasión.

Él no está muy de acuerdo con esto, pero yo lo agradezco; no me siento preparada para entregarle algo tan valioso y solo me quedan unas semanas para perder eso que no podré recuperar; mi virginidad. No sé cómo pude acceder a hacer esto, ahora empiezo a darme cuenta del gran error que cometí, pero ¿cómo podría echarme atrás ahora? Mis padres esperan que haga algo grande y no quiero decepcionarlos; no me lo perdonaría nunca.

Durante toda la mañana me dedico a mirar hacia el jardín, sin moverme de la cornisa, esperando y deseando que el muchacho pase por debajo y así poder verle mejor. No pude fijarme mucho en él, ya que la distancia a la que se encontraba era considerable, pero algo tiene que tener para que provoque estas nuevas emociones y sensaciones en mí. Un sudor frío recorre mi espalda cuando le imagino sobre mi cuerpo, moviéndose hacia adelante y atrás cuando se introduce dentro de mí.

Decido despejar mi mente y alejar esos pensamientos, no debería pensar así de alguien cuando estoy prometida con otra persona, es algo que me enseñaron y que aprendí muy bien. Además, ni siquiera le conozco. Quiero salir a pasear, pero ahora mismo temo encontrarme con él y no ser capaz de controlar estas nuevas sensaciones que han ido creciendo en mi cuerpo desde

hace unos días hasta hoy.

Un fuerte portazo, procedente de la puerta principal, me despierta de mi ensoñación y, al darme cuenta de que se trata de mi padre y que no viene muy contento, me visto rápidamente con unos pantalones tejanos y una blusa y, sin detenerme a ponerme los zapatos, salgo por la ventana sin demorarme más tiempo.

No es la primera vez que bajo por la enredadera para huir de casa, pero contra más mayor me hago más miedo me produce hacerlo. Supongo que nos hacemos cobardes con los años. Poco a poco, voy descendiendo hasta que noto que mis pies tocan la hierba húmeda. Me estremezco al pensar que el hombre ha estado trabajando justo bajo mi ventana y me reprendo por no haberme dado cuenta de ello a tiempo. Con fuerzas renovadas, me dirijo hacia los jardines que están repletos de nuevas flores con la intención de averiguar de cuáles se tratan y de poder verle.

Al llegar allí, me percaté de que no soy capaz de reconocer ninguna, ni siquiera las que parecen más sencillas y conocidas. Está claro que el chico ha hecho un gran trabajo y ha convertido nuestro jardín principal en un lugar mágico e increíble que llena la casa de luz y de color.

Durante varios minutos, paseo por este observando todas y cada una de las flores y grabándolas en mi mente, esperando poder conocer sus nombres y funciones algún día. Mes es totalmente imposible mirar al frente, los colores y los nuevos olores me embriagan y soy incapaz de desviar la vista de todo lo que me rodea, hasta que me choco de bruces con algo parecido a un muro.

Desde el suelo y mientras froto mi culo con fuerza, alzo mi vista para encontrarme con unos ojos azules como el cielo y una sonrisa que despierta de nuevo ese calor en mí.

—¿Está bien? —el hombre me extiende su mano y la cojo sin pensármelo demasiado, dejando que las nuevas sensaciones que él me provoca invadan mi cuerpo.

—Sí, creo que sí —me levanto gracias a su ayuda, estoy bastante dolorida pero ahora mismo no me importa en absoluto. Sentir su contacto me relaja y me hace sentir bien, como nunca antes me había ocurrido.

—¿Qué hacía por aquí, señorita Storm? ¿No ha visto cómo está todo? —el hombre me señala el suelo, indicándome que está todo embarrado a causa de su trabajo y luego, mirando mis pies, se echa a reír—. No me puedo creer que haya salido descalza.

—Tuve que salir por la ventana, mi padre no venía de muy buen humor y no me apetecía tener que aguantar sus quejas —me echo a reír y este lo hace conmigo, dejando que su risa invada esas partes de mi cuerpo que parecía desconocer.

—Mi tío me contaba, cuando era más pequeño, que donde trabajaba había una niña traviesa que siempre escapaba de su mansión para ayudarle a arar la tierra —el hombre me sonrío de nuevo y noto como mis mejillas empiezan a sonrojarse—. Jamás imaginé que se tratase de

usted, señorita Storm.

—Por favor, llámame Valerie —le extiende mi mano, intentando que mis nervios no afecten a mi control—. Y sí, desde que tengo uso de razón he ayudado a Nicholas con su trabajo. Me encantan las flores y adoro conocer sus nombres, así que tu tío siempre tenía tiempo para mí.

—Entonces, creo que nos llevaremos muy bien —el hombre estrecha mi mano y consigue que mi sexo empiece a arder; ¿cómo lo hace? Ni siquiera le conozco y es la primera vez que hablamos. No sé qué me está pasando, aunque he de reconocer que me encanta esta nueva sensación—. Soy Edgar, encantado de conocerte.



He tenido que volver corriendo a casa, ya que se ha puesto a llover y he escuchado los gritos de mi madre mientras me decía que volviese para comer. Se me han pasado las horas volando mientras Edgar me iba mostrando las distintas flores que ha ido plantando durante los meses que lleva trabajando para nosotros.

Me sorprende no haberle visto antes, ya que hace más de seis meses que Nicholas cayó enfermo y Edgar cubrió su puesto. Es cierto que desde que me anunciaron que Nicholas dejaba de trabajar para nosotros por su enfermedad, no he salido tanto a visitar los jardines, ya que me recordaban mucho todo lo bueno que me había dado.

Cuando murió, decidí guardarle el luto no visitando los jardines durante una temporada y dejando así que su alma descansase en paz. Así que supongo que es normal no haber conocido a Edgar hasta ahora. Me despidió de él con una sonrisa cuando vuelvo a trepar hasta mi ventana y me sorprende encontrarme a mi madre esperándome en la habitación con una sonrisa y sujetando un vestido nuevo entre sus manos.

—¿Volvemos a cuándo eras una niña? —se echa a reír mientras niega con la cabeza y me señala con la cabeza el baño—. Corre, te he preparado la ducha. Tu padre te ha traído este vestido, Zack y su familia están aquí para hablar sobre la boda —suspiro resignada y recibo una mirada triste por parte de mi madre, por lo que me fuerzo a sonreír rápidamente.

—Estaré bien, te lo prometo —beso su mejilla y corro a entrar en el baño para empezar a prepararme y estar lista para la conversación que se avecina.

Me doy prisa en ducharme y secarme el pelo, esperaré a que mi madre me lo planche como lleva tantos años haciendo. Me apetece quedarme aquí, bajo el agua caliente que empieza a relajar mis músculos después del inesperado encuentro con Edgar.

Cuando su imagen aparece en mi mente, mis piernas empiezan a temblar y me veo forzada a salir de la ducha para no caer de bruces. Sea lo que sea lo que mi cuerpo experimenta cuando le veo, está empezando a afectarme. Me visto rápidamente con el vestido que me ha regalado mi padre; es largo, de flores y de palabra de honor.

Supongo que, al crecer entre tanta riqueza y galas, mi padre desarrolló un gusto exquisito por la moda. Salgo del lavabo y mi madre me mira con una sonrisa, debo de estar espectacular.

—Ven, siéntate —se levanta de la cama y me la señala con la mano, dejándome sitio para que tome asiento—. Te peinaré y, de mientras, puedes contarme que hacías con Edgar —mis mejillas se sonrojan con rapidez y he de agachar la cabeza para que no se note que me he puesto nerviosa.

—No sé a qué te refieres —empiezo a jugar con mis dedos, odio que mi madre me conozca tanto y tan bien.

—Oh, ¡vamos! Te he estado observando, os habéis pasado toda la mañana caminando por los jardines y contemplando las flores como si fuese lo único importante para vosotros —empieza a peinarme con dulzura, esa que siempre reserva para mí—. He experimentado la sensación que tienes ahora mismo, no es malo sentirse así.

—Siento que estoy faltándole el respeto a Zack —entrelazo mis manos y escucho el suspiro de mi madre. No le gusta nada que me sienta así.

—Valerie, voy a serte sincera —mi madre sigue peinándome, parece que eso le ayuda a seguir hablando—. No creo que vayas a ser feliz con Zack y eso me parte el alma —intento interrumpirla, pero ella me lo impide—. Sí, sé que quieres hacernos felices, pero yo no lo seré si tengo que verte sufrir. Entiendo y respeto tu decisión y no te voy a forzar a hacer nada que no consideres, pero creo que tendrías que abrirte al mundo, conocer lo que puedes tener y disfrutar hasta que llegue el momento de atarte para siempre.

—¿Me estás diciendo que tenga una aventura con el jardinero? —ambas nos echamos a reír y noto como las lágrimas se acumulan en mis ojos; echaba de menos estos momentos con mi madre.

—Puedes hacer lo que te plazca, siempre y cuando te haga feliz.



Zack y su familia ya están sentados en la gran mesa que ha preparado Charles, nuestro cocinero y mayordomo, para nosotros. Nunca me ha gustado tener que depender de otras personas para que hagan nuestras tareas, pero mi padre afirma que toda familia de bien debe contar con ellas para no mancharse las manos.

Con una sonrisa forzada, les saludo con un asentimiento de cabeza y me siento en la mesa esperando a que mi padre se reúna con nosotros. Cuando lo hace, con esa sonrisa de empresario poderoso que le caracteriza cuando sabe que va a conseguir todo lo que se ha propuesto, alza una copa de champán y nos mira a todos los presentes.

—Por la futura pareja, quienes traerán gozo y felicidad a nuestras familias —mi madre me mira con una sonrisa apenada y asiento para confirmarle que estoy bien; que estaré bien—. Salud.

—¡Salud!

Todos alzamos nuestras copas para proceder a hacer el brindis que mi padre ha propuesto. Zack me mira con una sonrisa que podría derretir a cualquier mujer, pero no a mí y me siento mal por ello. Él se merece mucho más que esto, que lo que yo podré darle nunca; merece a alguien que le quiera y le respete y empiezo a darme cuenta de que yo nunca seré esa persona.

Intento dedicarle la mejor de mis sonrisas, pero sé que me sale una mueca cuando este tuerce el gesto y me pregunta con la mirada si estoy bien, a lo que le respondo tocándome la barriga para informarle de que no me siento demasiado bien. Zack asiente, dándome a entender que me comprende y pronto empezamos a comer, por lo que nuestro contacto visual, para mi suerte, se rompe. ¿Cómo podría explicarle que ya no estoy tan segura de casarme con él?

—Bien, sabemos que es precipitado pero la boda será en algo más de tres semanas y tenemos que empezar a prepararlo todo —la madre de Zack habla con ese entusiasmo que la caracteriza, está deseando que su hijo se una en matrimonio y le quiten el título de homosexual. No entiendo que malo tendría que fuese cierto, pero a ella le escandaliza pensar que la gente cree que su único hijo se codea con hombres porque nunca se le ha visto con una mujer—. He estado mirando restaurantes, iglesias, flores... He intentado pensar en si la boda será temática o no, pero lo que necesitamos primero es que la novia esté lista —alzo la vista con rapidez y miro a mi

madre. El miedo porque hayan descubierto que no estoy preparada me invade y necesito que ella me tranquilice—. Tenemos que encontrarle el vestido perfecto, ¿no creéis? —dejo escapar todo el aire que estaba conteniendo y miro a mi futura suegra, intentando mostrar emoción por su idea—. No te preocupes por nada, ya he estado mirando algunos catálogos y tenemos cita en varias tiendas la próxima semana. Por lo demás...

La cabeza empieza a darme vueltas; no me encuentro bien. Veo como la madre de Zack sigue hablando, ya que me percato de que mueve sus labios con rapidez y emoción, pero soy incapaz de escucharla. Todo esto me viene grande, no voy a poder superarlo.

Mi madre me mira preocupada y se excusa con todos para acercarse a mí, levantarme de la silla como si de una muñeca me tratase y llevarme a mi habitación. Los nervios empiezan a invadirme y noto como me falta la respiración, estoy al borde de un ataque de ansiedad. Mi madre me coge por los hombros y me sacude varias veces con fuerza, provocando que no pueda seguir reteniendo mis lágrimas.

—Vete, yo me encargaré de tu padre —mi madre me sonríe mientras me empuja hacia la ventana y, cuando quiero protestar, me abraza con rapidez—. Tienes que vivir, conocer cosas nuevas y no voy a ser yo quien te impida hacerlo. Ve, disfruta y que pase lo que tenga que pasar. No pienses en nada más que en ti misma.

Con una sonrisa, me dirijo hacia donde me encontré a Edgar por primera vez y, para mi sorpresa, este me espera con una sonrisa dibujada en sus labios; es lo más perfecto que he visto nunca. Me acerco a él con la cabeza gacha y las mejillas teñidas en un rojo carmín, ¿cómo puedo estar tan nerviosa?

Sigo sin entender qué es lo que me produce estos escalofríos, el sudor frío que recorre mi espalda y el temblor de piernas. He visto a chicos como él antes; guapos, atléticos... Cuando mis amigas todavía venían a casa después de sus clases, y antes de mudarse para estudiar en la universidad, nos pasábamos la tarde viendo programas de televisión que anunciaban a muchachos que nos robaban el hipo. Quizás, al tener uno frente a mí, todo sea diferente.

—¿Ya estás por aquí otra vez? —Edgar se ríe y me muestra unas semillas que sostiene en la palma de su mano—. ¿Me ayudas? Son girasoles —asiento entusiasmada y pronto me dejo caer al suelo de rodillas. Este me mira sorprendido, supongo que está alucinando al ver que no me importa mancharme las manos y el vestido, dicho sea de paso—. Lo haces muy bien.

—Tu tío me enseñó a hacerlo, le ayudé a replantar gran parte del jardín principal —sonrió orgullosa de no ser una princesa malcriada y Edgar asiente, dándome a entender que está contento de tenerme a su lado.

Pasamos la tarde plantando nuevas flores, eliminando las que han muerto después de tanto tiempo sin ser cuidadas y regando aquello que días atrás Edgar labró. Me siento feliz estando a su lado, haciendo algo que hacía años que no tenía la oportunidad de hacer. El chico me cuenta

todo lo que le ha llevado a trabajar para mis padres.

Hace un par de años terminó la carrera de derecho y estuvo trabajando desde entonces en un bufete en Budapest, pero al enterarse de la enfermedad de su tío no dudó ni un segundo en dejar su trabajo y mudarse a Londres. En cuanto Nathaniel falleció, Edgar decidió que su trabajo no podía quedar en manos de alguien que no amase tanto las flores como ellos y se comprometió a seguir con lo que él dejó a medias. Quizás ahora mismo no esté trabajando de aquello que tanto le costó conseguir, pero parece la persona más feliz del mundo.

Seguimos plantando durante horas, ocultos de las miradas curiosas de la casa y he de decir que me siento feliz por primera vez en mi vida. Nuestras manos se rozan en varias ocasiones, parece que estas se busquen deseosas de tener contacto y, tras varios intentos fallidos, estas consiguen encontrarse y unirse.

Siento el calor subir desde mi sexo hasta mis mejillas e intento retirar mi mano, pero Edgar me la agarra con fuerza y se la lleva a los labios, provocando que mis mejillas se sonrojen.

Pasados unos minutos en los que creo que voy a cometer la locura de tirarme sobre sus labios, nos dejamos caer en el césped y observamos el cielo azul que ha decidido acompañarnos hoy. Nuestras manos se separan y siento un vacío inmediato en mi vientre.

—Parece que durante estos últimos días has pasado más tiempo aquí conmigo que con tu prometido, ¿no te traerá problemas? —Edgar gira la cabeza para mirarme, aunque yo no separo la vista de las nubes que parecen bailar sobre nuestras cabezas.

—Posiblemente, pero ahora mismo no me importa en absoluto —cierro los ojos y respiro profundamente. Estando ahora aquí, tumbada en el césped y recibiendo el aroma de las flores y la colonia de Edgar no pienso en nada más.

—¿Por qué? No entiendo qué te lleva a venir aquí cada día, este trabajo es agotador —Edgar se echa a reír, sabe perfectamente lo que hago aquí.

—Deja de ser tan idiota —le doy un suave golpe y este se gira rápidamente para colocarse encima de mí.

—No entiendo que has visto en mí, tienes todo lo que una mujer podría desear ahí dentro —Edgar señala con la cabeza hacia mi casa, esa que ahora mismo me parece tan poco mía.

—Tengo más de lo que podría desear una mujer cuando estoy a tu lado.

Edgar sonrío y se lanza a besar mis labios. Al principio es un beso casto, recatado, es la primera vez que mis labios se unen a los de otra persona y estoy algo nerviosa. El chico no parece tener mucha más experiencia, pero pronto ambos cogemos confianza y empezamos a besarnos como si nuestros alientos fuesen nuestro salvavidas.

Rodeo el cuerpo de Edgar con mis piernas y le pego más a mi cuerpo, intentando apaciguar el calor que ha empezado a formarse en mi sexo y este aprieta sus caderas contra las mías. Sigue besándome, deleitándose con mis labios y saboreando cada rincón de mi boca.

Baja sus manos hasta mis caderas y se levanta levemente para subirme el vestido y poder encajarse mejor entre mis piernas, lo que me arranca un jadeo cargado de deseo y necesidades.

—Valerie, ¿estás segura de esto? No sé si podría soportar que esto fuese algo pasajero — Edgar me mira fijamente a los ojos. Hemos compartido pocos momentos juntos, pero ambos hemos conectado de una manera bestial y sabemos lo que queremos.

—Nunca he estado tan segura de algo.

Edgar no se lo piensa dos veces, se deshace de mi vestido y de su ropa y empieza a moverse contra mi sexo, haciéndome jadear como una gata en celo. Sigue besando mis labios durante unos segundos hasta que se decide por bajar entre mis piernas y, tras pedirme permiso con la mirada, hunde su cabeza entre estas y empieza a jugar con su lengua en mi clítoris.

No sé cómo sentirme, son demasiadas sensaciones las que estoy experimentando al mismo tiempo y lo único que quiero es gritar y apagar el fuego que empieza a crearse en mi interior.

Jamás pensé que algo así pudiese ser tan placentero, pero necesito que pare si no quiero que esto acabe demasiado rápido. Sacando un valor que hasta ahora desconocía, muevo a Edgar y provoco que se tumbe boca arriba, sentándome sobre su miembro con agilidad y dejando que este se introduzca dentro de mí.

Ambos dejamos escapar un gemido y empiezo a moverme con facilidad sobre él, provocando que su pene entre y salga de mi interior provocando sensaciones hasta ahora desconocidas pero que sé que acabarán siéndome totalmente necesarias para seguir adelante con mi vida.

No me importa que puedan vernos, que puedan oírnos, solo quiero disfrutar con el hombre que me ha robado el aliento en tan poco tiempo y del que estoy segura no me podré olvidar nunca.

Siempre había escuchado que la primera vez, la pérdida de la virginidad, es dolorosa y asquerosa, pero esto es lo mejor que he hecho en mi vida. Sigo moviéndome con rapidez al notar algo en mi sexo, una sensación de lo más placentera que me da la impresión de que podría explotar en cualquier momento.

Edgar se agarra a mis caderas y se introduce en mí con fuerza, haciéndome gritar de placer y que nuestras voces se entremezclen cuando ambos llegamos al orgasmo.

Tras varios segundos recuperando el aliento, me dejo caer sobre su pecho y Edgar me abraza dejando pequeños besos en mi pelo. No puedo evitar sonreír, con diferencia esto es lo mejor que me ha pasado en toda la vida.



Dos días han pasado desde mi encuentro con Edgar y no he vuelto a verle. Le he buscado a diferentes horas por todas partes, pero no he sido capaz de encontrarle. Quizás se arrepiente de lo que pasó y ha decidido tomar espacio entre nosotros.

Son las cuatro de la mañana y soy totalmente incapaz de dormir. No entiendo qué le ha hecho cambiar de opinión tan rápido, quizás él si quería que fuese algo pasajero.

Decido dejar de darle vueltas al tema e intentar dormir, mañana seguro que he de asistir a alguna reunión con la señora Wiles para ver vestidos, flores o lo que sea que tiene en esa mente de loca.

Estoy quedándome dormida cuando escucho unos ruidos en la ventana, como pequeños golpes suaves y consecutivos. Me levanto de la cama y me asomo a la ventana, encontrándome con la sonrisa de Edgar sentado en el alfeizar.

—Pensé que no me abrirías nunca.

Sin pensármelo dos veces, me lanzo sobre sus brazos una vez ha cruzado a la habitación y le beso con fervor.

—Creía que te habías arrepentido —le quito la camisa de un tirón, pudiendo así observar su esculpido cuerpo.

—¿Arrepentirme de qué? —Edgar me besa el cuello mientras se deshace de mi camisón. No me importa que puedan oírnos, ni pillarnos, solo quiero disfrutar de los pocos momentos que tengo con él.

—De lo que sea que es esto —me aparto levemente de él y nos señalo, esperando que me dé una respuesta que me haga sentir tranquila.

—Esto es amor, Valerie, y no me arrepentiría nunca de lo mejor que me ha pasado en la vida.

Nos deshacemos de la ropa y nos tumbamos en el suelo para intentar hacer el menor ruido posible. Me encanta que haya aparecido a través de mi ventana, pero también he de ser meticulosa si no quiero que mis padres se enteren de esto demasiado rápido.

Una vez desnudos por completo, nos fundimos el uno con el otro y se me olvida que mis padres duermen al otro lado del pasillo.





Han pasado tres semanas desde mi primer encuentro con Edgar y, tras este, hemos encontrado la manera de vernos a menudo sin que nadie sospeche de lo que está pasando entre nosotros; ni siquiera mi madre.

El día de la boda es mañana y no me puedo creer que el tiempo haya pasado tan rápido, no quiero hacerlo, no quiero dejar a Edgar para pasar mi vida con Zack.

—Fúgate conmigo, haré todo lo posible para darte cualquier cosa que necesites, pero por favor, no te cases con él —Edgar me mira con los ojos cargados de lágrimas, sé que está sufriendo tanto como yo con esto, pero la boda es mañana y no puedo dar marcha atrás ahora.

—Edgar, me estoy enamorando de ti. Me has dado más en unas semanas que cualquier otra persona en años, pero hice una promesa y debo cumplirla —mi voz tiembla cuando suelto esas palabras. No quiero hacerlo. No quiero casarme con Zack. Quiero pasar el resto de mi vida junto a Edgar.

—Entonces, ¿está decidido? —veo como los ojos del amor de mi vida se apagan poco a poco y tengo que armarme de valor para no mandarlo todo a la mierda.

—Está decidido.



Ha llegado el día. No estoy preparada para esto. No ahora. No después de que Edgar me haya pedido que me fugue con él. No cuando sé a ciencia cierta que con él puedo ser realmente feliz. No conociendo mi cuerpo como lo conozco ahora, gracias a todo lo que él me ha dado en tan poco tiempo.

Dicen que el amor llama a tu puerta cuando menos te lo esperas, que es algo a lo que no puedes resistirte. Ahora puedo decir que es cierto, porque nunca pensé en enamorarme de alguien tan rápido y ahora no concibo mi vida sin él. No sé qué hacer, tengo que decidirme cuanto antes o pronto me veré atada toda la vida a alguien a quien jamás podré amar.

—¿Preparada? —mi madre entra a la habitación y los ojos se le llenan de lágrimas al verme vestida de novia, o al menos eso quiero pensar—. Estás increíble, mi niña.

—Gracias mami —no puedo decirle a mi madre el conflicto que se está librando en mi interior, sé lo que me diría y no puedo permitir que ese peso caiga sobre ella.

—Tienes que dejar de hacer esto —miro a mi madre extrañada, no sé de qué habla—. Tienes que dejar de querer complacernos siempre, tienes que vivir tu vida y ser feliz de una vez por todas. Te he estado observando, te he visto con Edgar y sé que nunca podrás mirar de esa forma a Zack. Vete, lucha por lo que amas. Tarde o temprano todos lo entenderán y si no lo entienden, el problema lo tienen ellos, no tú.

Las palabras de mi madre se me quedan grabadas a fuego en mi mente cuando se va, igual que las caricias y los besos de Edgar sobre mi piel. Me miro al espejo y me sonrío a mí misma. Sé lo que tengo que hacer. Ha llegado el momento, estoy preparada para esto.

Es mi vida y quiero vivirla a mi manera, nadie puede obligarme a hacer lo contrario. Le quiero y ellos tendrán que entenderlo. He tomado una decisión y nadie conseguirá que cambie de parecer.

—Vamos cielo, todo el mundo te espera —mi padre me observa desde la puerta con el brazo extendido, esperando que le acompañe hasta el altar donde se encuentra mi futuro marido. Nada más mirarle, sabe que algo va mal—. ¿Qué ocurre princesa?

—Me he enamorado de Edgar, no quiero casarme con Zack —las palabras salen a bocajarro de mi boca y no puedo controlarlas. Ya está, tenía que decírselo. Aunque me obligue a

casarme con Zack, al menos sabrá lo que realmente siento.

—¿Cuándo empezó esto? —mi padre cierra los ojos, parece que intenta contener las ganas de ponerse a gritar como un energúmeno. Cuando vuelve a mirarme, lo hace con los ojos cargados de ternura e impregnados en lágrimas; le he hecho daño y no podré perdonármelo.

—Hace unas tres semanas... —suspiro y me acerco a él, intentando que comprenda lo que siento—. Yo no quería que esto pasase, estaba muy segura de casarme con Zack y daros todo lo que necesitáis para seguir adelante, pero no puedo. Soy incapaz de dejar a un lado lo que siento por Edgar y unirme en matrimonio para siempre. No seré feliz, no podré serlo.

—Ve.

—¿Qué? —miro a mis padres sorprendida mientras mi padre me empuja hacia la ventana de mi habitación, esa por la que me he escapado tantas veces.

—No puedo obligar a mi única hija a ser infeliz toda la vida para salvar mi negocio. Me las apañaré, sabes que siempre lo hago —mi padre, ese hombre que jamás creí capaz de algo así, besa mi frente con dulzura y me mira con los ojos inundados en lágrimas—. Serás una novia preciosa, pero no hoy ni con Zack. No mientras yo viva para darte todo lo que necesitas. Ve y sé feliz con Edgar, yo estaré aquí siempre que me necesites.

Sin poder dejar de llorar y sintiéndome plena de nuevo, abrazo a mis padres y me remango el vestido para poder descender por la enredadera. Con una última mirada, mi padre me confirma que está muy seguro de su decisión y me dejo caer hasta que mis pies tocan el suelo.

Dejando los zapatos de tacón a un lado, agarro mi falda y empiezo a correr por los jardines. El tiempo, como es propio en Londres, se ha torcido y ha empezado a llover, pero no me importa. En lo único que pienso ahora es en llegar hasta los brazos de Edgar y prometerle que estaremos juntos para siempre.

Corro durante más de cinco minutos intentando encontrarle y, cuando por fin lo hago, lo veo cargando su equipaje en el coche. He llegado a tiempo. Sin dejar que el cansancio y el frío me debiliten ni me detengan, corro hacia él y salto entre sus brazos cuando este me recibe con una mirada cargada de confusión. Le abrazo con todas mis fuerzas, esas que he reservado durante toda la vida para alguien como él y este besa mi hombro con mucha dulzura. Ahora que estoy decidiendo mi destino, puedo asegurar que seré feliz toda la vida.

